

CAPÍTULO XXXVII

LOS TRES CORRALES DE SEVILLA.—LA ALEGRÍA
QUE PASA.—LAS FIESTAS DEL CORPUS.—LA ZARABANDA.
MUERE DOÑA LEONOR DE CORTINAS

El corral de los Olmos, junto á la Catedral, era uno de esos lugares de holgorio donde se reúne gente de toda laya y alternan caballeros con ladrones y gente principal con perdigachería ambulante. Recinto cerrado, pero de entrada llana y de puerta abierta á todas las horas del día y entreabierto por la noche, siempre había sido punto de cita para los famosos mojones de Andalucía que por el olor, á cierra ojos, diferenciaban el mosto de Alanís del de Guadalcanal; para los blancos y negros jugadores de las dos, de las cuatro y de las doce, alzadores de muertos y corredores de la raspa; para los valentones y matantes que pregonaban cabezas y rebanaban narices, sin más tretas que las de la esgrima vulgar y común, así apellidada con menosprecio por los tratadistas que ya empezaban á salir, teorizando la práctica de las espadas negras; y, en fin, para chalanés, belitres, vergantes, corchapines, bujarras y gentualla como la que denotan tales y otros muchos nombres conocidos y desconocidos por Juan Hidalgo, el lexicógrafo de la germanía.

En tres corrales venía entonces á reunirse lo mejor y lo peor de Sevilla: uno, este corral de los Olmos; otro, el corral de los Naranjos, único que aún existe y no es sino un patio de la Catedral al que se entra por la puerta árabe del Perdón y en donde aún se ve el púlpito á que tantos predicadores y maestros su-

bieron para evangelizar á aquella sociedad más corrompida que la presente, ó lo mismo, por lo menos; y otro, era el corral de D. Juan, donde se representaban las comedias, sitio de muy reciente boga.

Sevillano de veras no se podía ser si no se visitaban con frecuencia los tres corrales: el de D. Juan, para predisponerse al pecado con el ejemplo de las comedias de enredosas damas y galanes infamadores; el de los Olmos, para pecar á todo ruedo y sin apremios ni dificultades, y el de los Naranjos, para arrepentirse del pecado y preparar la absolución. En un puño de terreno, como quien dice, tenían los sevillanos resueltos los principales problemas que la vida ofrece. Gustan las grandes ciudades de facilidad y prontitud para sus solaces y para sus devociones; como en aquellas se lleva una vida ajetreada y nerviosa, es agradable perder poco tiempo en idas y venidas para echar á perder el alma ó para rehabilitarla y mundificarla después.

De uno á otro de los corrales iba Miguel desocupado, mientras aguardaba que el nuevo proveedor de las galeras, que lo era interinamente y después lo fué en definitiva, el contador Miguel de Oviedo, le encargase algunas comisiones. En el corral de los Olmos ó á sus tapias, se habían refugiado desde el anterior año de 1592, en que se derribaron los poyos de las Gradas, muchos de los baratilleros, cantadores, tenedores de tablas y de naipes, que antes se encostraban en la Catedral. En sus tiempos ociosos vivía Miguel, en cierto modo, la vida de esta gente, para la cual no había horas fijas, comida segura, ni sueño suelto y sin aprensiones.

Sentado en un banquillo ó apoyado en la pared, dejaba que su gran espíritu divagase en la atmósfera tibia y aromosa de la primavera sevillana. Examinando su vida en aquellos momentos de laxitud, los más fecundos para el artista que en ellos entrevé los indecisos contornos de sus creaciones, iban formándose, de una manera misteriosa y arcana en el alma de Miguel, ya en proyecciones graves y pausadas, ya en desenfrenados aquelarres, las estantiguas y soñaciones de las figuras que bajo su pluma habían de adquirir vida inmortal. La verdad sangrienta y desgarrada se le ofrecía en el Corral de los Olmos, roncando porvidas y ce-

ceando valentonescas ponderaciones: la honda verdad humana que es de todos los tiempos, iba desentrañándola en la consideración de su agitada existencia, en el recuerdo de sus muertas ilusiones y de sus desvanecidos embaimientos.

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojones y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el Corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de D. Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo y allí era forzoso buscarla: y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Ubeda habían olido en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba á laborar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar *lo otro*, la materia, el *asnillo* del Santo. ¿Qué era, pues, la vida?

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgustosos días de Ecija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensares de desocupado en el Corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana: y en el límpido cielo á veces, á veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuándo bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del bailoteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aún como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: Hagamos una iglesia tal que nos tengan por locos los siglos venideros.

En Ecija, en Ubeda y en Montilla, había aprendido Miguel que á las pasadas locuras de la edad caballeresca estaban ya reem-

plazando las andantes caballerías del misticismo y del ascetismo. Aquí y allá, por los pueblos de sus negras comisiones, había aprendido Miguel cómo la araña milagrosa que se alimenta chupando la sangre de los corazones ardientes iba tejiendo su tela de hilillos sutiles por toda España: cómo los enflaquecidos caballeros de la Cruz y las maceradas damas del Amor divino tomaban las ventas por castillos interiores y recorrían en un arrobó inefable los siete cielos de sus Moradas, engolfándose en ellas y perdiendo de vista el mundo. En aquellos conventos de monjas y frailes, donde tal vez entró, perdidos entre las callejuelas de un lugarón seco ó colgados en unos breñales de las tierras de Jaén y de Córdoba, latían trémulos los pulsos y vibraban los corazones al recontar las recién acabadas proezas del Caballero de Loyola y de su recio escuadrón de negros paladines, ó los crueles triunfos del Hombre de Almodóvar del Campo y sus batallas contra los gigantes del mundo, y en particular contra el Caraculíambro que antes se llamaba Amor humano; en fin, las andantes empresas de la valerosa Mujer de Avila, para cuyas aventuras no bastaba la pluma de Amadís si no se le juntaba la de Cide Hamete.

Ya sabía muy bien Cervantes lo que podía hacerse con ingenio y sutileza, sin más que fijarse en todo cuanto á su alrededor veía en los corrales dichos: Cristóbal de Lugo y Pedro de Urde-malas, Monipodio y su cofradía, nada le podían revelar. Hermanos de Lazarillo y de Guzmán de Alfarache eran, y como tales procedían y hablaban, á veces mejor, siempre con más sobriedad; pero aquello era poco, era solamente la cáscara de la vida, y bajo ella había que ahondar y exprimir para llegar á su agridulce jugo.

De estas imaginaciones vino á sacarle una vez la aparición en el corral de los Olmos de dos figuras amigas, que con gran alborozo le tendían los brazos. Eran el gran representante y ex-albañil Jerónimo Velázquez y su compañero y compinche Rodrigo de Saavedra, quienes llegaban á Sevilla para hacer las fiestas del Corpus Christi. A la redonda sentados, prontos los pichelos y con la fresca de los Olmos, los tres viejos amigos departieron. A Miguel se le remozaba el corazón al hablar con aquellos otros vagabundos que cruzaban España sembrando la alegría.

Grandes novedades traían que contar y grandes denuestos que despotricar, contra Lope de Vega principalmente. Los escándalos de Lope y Elena Osorio, las coplas por él compuestas contra Elena y Ana Velázquez y contra su vecina Juana de Ribera, y la sátira macarrónica que escribió contra el Dr. Velázquez, habían obligado á Jerónimo á querellarse de Lope, que fué condenado á destierro, primero del reino de Castilla y después de la corte. De todo ello sabía Cervantes, por haberlo oído en su último viaje á Madrid; pero quizás no oyó hasta entonces cuantas perversidades se les ocurrió decir á los feroces enemigos de Lope, Jerónimo Velázquez y Rodrigo de Saavedra. No debe suponerse que á Miguel le halagasen el oído estas rencillas de cómicos y autores, sí que apartaron un poco del teatro y de sus miserias el pensamiento, que ya en otras alturas se hallaba embebecido y elevado.

Ciertamente—pensaba Miguel—que no valía la pena de llamarse gran poeta y de ser aplaudido y encomiado en toda España para que el dicho de un histrión, consentidor de las pasadas liviandades, le trajese á uno zarandeado y errabundo. Para eso, menos malas eran las comisiones donde, siquiera, se iba en servicio del Rey y cabía la esperanza de algún aumento.

Comparaba Miguel con la suya, y aun con la de Lope, á la sazón servidor de la casa de Alba, la situación de Jerónimo Velázquez, rico, propietario de casas, influyente en la corte cuanto era menester, hasta para procesar y desterrar á Lope y para lograr pingües destinos en las Indias al Dr. Velázquez de Contreras, de quien no se sabía que hubiese prestado servicio alguno: y veía crecer y ensancharse la ficción, ocupar toda España la gran farsa de la vida hipócrita y fullera, donde todo era trapacería, tramoya, intrigas y recomendaciones, favores logrados por las faldas y ventajas conseguidas con el colorete y la peluca.

Para más y mejor desarrollar este negocio de la carátula triunfante, las compañías cómicas, en las cuales en tiempos anteriores y hasta 1587 no habían figurado hembras, haciéndose por muchachos lampiños ó motilonos los papeles de mujer, llevaban ya consigo su gallinero de actrices, mujeres ó medio mujeres de los comediantes, como decía Quevedo, generalmente, á dos por cada

hombre. Con Saavedra y Velázquez iban Mari Flores, mujer de Pedro Rodríguez, Ana Ruiz, mujer de Miguel Ruiz, y Jerónima de los Angeles, mujer de Luis Calderón, quizás pariente del marido de Elena Velázquez. Qué eran estas mujeres marimachos que osaban parecer en público y afrontar los tropiezos del camino y de la venta, no hay para qué decirlo.

Con el aliciente de las faldas, creció por extremo la afición de los pueblos al teatro. Era entonces, como ahora, en muchos lugares, el carro de los autos ó de las comedias, *la alegría que pasa* un momento y que no vuelve jamás, ó vuelve tarde, cuando ya en los pechos donde nació se han secado las flores que hizo brotar.

Imaginémosnos qué sería, allá por los cerros de Ubeda, en los días en que hombres y mujeres se hallaban más impregnados del perfume místico, guardándose el secreto de su grande y piadosa ficción, ver aparecer el carro de los representantes, las desenvueltas y chistes del bojiganga, las desenvolturas, picarescos bailes, incitativos meneos y desgarradas canciones de la graciosa, que siempre había de ser bailarina: qué sería ver rasgar el silencio henchido y preñado de tentadoras sugerencias, el repiqueteo de las castañuelas y regalar la vista, las danzas, los trajes de telas de reluz, los deslumbradores atavíos de lentejuelas y azabaches, y luego ver repetir á aquella *corrobla* de perdidos y perdidas, con reverendísima entonación, los metafísicos razonamientos, ya escuchados en el púlpito ó leídos en cartas espirituales y en libros devotos, pero que en labios de los cómicos solían tener una entonación amorosa y mundana hondamente perturbadora. Mari Flores ó Ana Ruiz, haciendo los papeles de la Culpa ó de la Lujuria en los devotísimos autos del Corpus, y procurando presentarse galanas y bien arreadas, como la Lujuria y la Culpa suelen ofrecerse, ¿qué de estragos no harían en los corazones jóvenes y qué reguero de malogradas é inútiles llamas no dejarían al marcharse de cada pueblo? Con esto, la hipocresía emanada de lo más alto y pronto corrida por todos los estados sociales, iba enseñoreándose de los espíritus.

Jerónimo Velázquez había estado ya en Sevilla á representar

los autos del Corpus en 1582, pero entonces aún no llevaba mujeres. Cuando llegó en 1593, los sevillanos de los tres corrales se relamieron de gusto al pensar en lo gratamente que iban á divertirse, celebrando al par la devoción y la mirífica eficacia del Santísimo Sacramento, bella creencia metafísica, en la cual los ingenios españoles han colgado las galas mejores de su minerva. Se presentó Velázquez al Cabildo y, previas algunas discusiones, quedó en representar cuatro autos: *David, Justo y Pastor*, *David y Navalcarmelo* y *La Reina de Candassia*, obras ya por él probadas, y que en todas partes habían causado gran efecto. Ensayáronse, ó todas ó algunas escenas, ante los señores canónigos y regidores, y gustaron mucho. Vió entonces Miguel cómo se había levantado de su antigua humildad la farándula y crecido la máquina y tramoya hasta un punto de no esperada perfección.

Pero no bastaba con los autos. Las fiestas del Corpus eran ya motivo para que unas ciudades contendiesen con otras en lujo y derroche, y dentro de cada ciudad, unas clases sociales con las demás. Pagaba el Ayuntamiento, chanchulleando en estos ajustes lo posible, á más de los carros donde habían de representarse los autos al Santísimo Sacramento, el larguísimo cortejo que acompañaba á la procesión, y en el que figuraban danzas con música y letra, titiriteros, acróbatas, negros, moros y toda casta de gente holgona y loquesca.

El Corpus de 1593 en Sevilla dejó memoria. A más de los autos y representaciones, con joya ó galardón para la obra más gustada, hubo otra infinidad de regocijos públicos, dándose premios á las cofradías más bizarramente vestidas, á los arcos que se alzaron en los sitios por donde había de pasar la procesión y cuyo mérito no consistía en la traza artística ó arquitectónica, sino en lo ingenioso y complicado de las figuras alegóricas y en los lemas, coplas y versos que en carteles y tarjetones aparecían escritos en latín y en castellano.

Joyas hubo también para las danzas que seguían al Santísimo y que fueron una danza de la Serrana de la Vera, donde había algo de representación y mucho de baile, en el que tomaban parte danzarinas guapas y jacarandosas que sacaban las mo-

das nuevas del bailar y del vestir; otra danza de espadas, como las que aún se hacen desde las Provincias bascas hasta Andalucía; otra, que era una zambra á la morisca, algo así como las mojigangas de *Las odaliscas y el sultán*, que hemos visto en la plaza de toros hace veinticinco años; otra danza del *triumfo de Sevilla*, que fué la que se llevó el premio, y donde, sin duda, figuraban moros y cristianos, y salía el Santo Rey D. Fernando III; otra para acompañar á la tarasca y á la mojarrilla ó Anabolena que la cabalgaba; otra danza del *dios Pan*, donde se presentaría alguna escena báquica entre ninfas, silvanos y faunos, ó salvajes mejor ó peor contrahechos; otras danzas de gigantes, de indios, de gitanos y gitanas jugadores de navaja y bailarines, de seguidillas ó panaderos; un volteador que iba dando saltos mortales en un carro, para celebrar el triunfo del Santísimo Sacramento como el titiritero de la Virgen (que nuevo, nada hay en el mundo) y, finalmente, el disloque, el colmo y extremo y ápice de la furiosa algazara y del desenfrenado regocijo, que fué la procaz, la escandalosa, la vibrante, la lúbrica y cínica *zarabanda*, aquel baile que desde el momento solemne en que apareció hasta los días en que fué bailado en los salones de la corte del Rey Sol de Francia, Luis XIV, hizo pasar por toda España primero y por toda Francia después, un espasmo de voluptuosidad incandescente, al cual, cuando acudieron moralistas y legisladores para ponerle remedio, ya era tarde.

Quien no creyese en la existencia del diablo ó no supiese de ella, se habría visto forzado á inventar y á reconocer á Satanás como el autor de aquel baile ó zarandeo archilujurioso que se presentó en el Corpus de 1593 en Sevilla, y en breve corrió por toda España. Lo que, al hacer los ensayos, no habían sabido ver, ó si lo vieron se lo callaron, los señores del Cabildo, no podía una penetración tan sagaz como la de Cervantes dejar de advertirlo. La aparición de la Zarabanda y de sus vueltas, cabriolas y acompañados batimanes, era para el espíritu menos observador un signo de enervación y de decadencia. Habían muerto ya, y bien muertos y enterrados estaban, el heroico Don Juan y el prudente Don Alvaro, con Aquiles y Ulises comparables: se había hundido

en los mares, con la Invencible, la bravura española por mar, y en Flandes se estaba gastando lo que de ella quedaba por tierra. En el corazón de la patria, el eco de los desastres, habían sido elevaciones místicas y ascéticos desvaríos y teatrales ficciones. Las almas se habían acoquinado, empequeñecido, arrugado, impotenciado: allá en el Escorial, más gris que la piedra y más que ella duro, iba pudriéndose entre la sombra de los sillares el duro y gris monarca, amarrado á la silla de sus dolores; á la devoción de Cristo y de su Madre reemplazaba la de los conceptos teológicos, que se esforzaban por presentarse al pueblo con imágenes tangibles, sensuales y atractivas, y en medio de una fiesta ostentosa, hecha para celebrar esta devoción, aparecía brincando, meneando las caderas, entornando los ojos, cimbreando el talle y arqueando los brazos la Zarabanda diablesca, incitadora, terrible, sudorosa, roja y morena, en el calor del Julio sevillano, á todas las laxitudes y flojeras propicio.

Miguel notaba el sordo rugir de la mocedad que con los ojos desencajados y los labios sangrientos seguía los pasos y vueltas de la danza. Miguel conocía que el pueblo vencido acababa de morder el fruto de perdición: y las estantiguas y fantasmas que surgían poco antes en su magín, iban concretándose y tomando la forma de hidalgos apaleados con sus ideales rotos, y de encantadas princesas que en zafias labradoras se convertían. La primera salida de la Zarabanda era la primera derrota seria y temible de los caballeros de lo ideal.

Pasaron las fiestas del Corpus, huyó la alegría que pasa, y comisionado por Miguel de Oviedo, como antes lo estuviera por Isunza y por Guevara, volvió Miguel á andar el camino, que ya tenía poco ó casi nada que enseñarle, por doce leguas á la redonda de Sevilla: Villalba del Alcor, Villarrasa, el condado de Niebla, Ruciana, Mairenilla, Paterna, Villamanrique, Llerena, le vieron, acompañado de su ayudante Luis Enriquez, durante los últimos meses de 1593 y los primeros de 1594, sacar provisiones de trigo y aceite para una escuadra, en cuya existencia y utilidad ya nadie creía. Por este tiempo, quizás conoció y cursó el finibusterre de la picaresca, en las almadrabas de Zahara. De seguro,

en todos aquellos pueblos oyó hablar mal del duque de Medina, y tal vez apuntó en su memoria ó en sus papeles los motes jácáros y burlones que la picaresca de Medina Sidonia, de Zahara, de los Puertos y de Cádiz, daba á los personajes más poderosos del país: gaditanos legítimos son los nombres de D. Timonel de Carcajona, de Pentapolín el del Arremangado brazo, del poderoso duque de Nervia, de Alifanfarón de Taprobana y de las baronías de Utrique. Acercándonos hoy á un colmado ó casino de Cádiz ó de los Puertos, escucharemos motes y apodos de esa facha aplicados á todo el mundo.

Mientras Miguel seguía su vida errante de comisario, le ocurrió una gran desgracia, la mayor que puede acontecer en la vida. En los primeros días de Noviembre de 1593, hallándose Miguel en Mairenilla ó en Paterna ó en el Puerto, murió en Madrid doña Leonor de Cortinas, que habitaba con su hija doña Magdalena en la calle de Leganitos, en casa de Pedro de Medina, pellejero.

Del dolor que á Miguel causó tan triste nueva, nada sabemos. Conocemos la tierna solicitud, la industriosa constancia con que Doña Leonor procuró el rescate de sus hijos cautivos; acertamos á distinguir en ella las grandes dotes de las mujeres decididas y varoniles que entonces abundaban más que hoy; inferimos la blandura y benevolencia de su alma amorosa y la ternura que usó siempre con sus hijos.

Su figura, no obstante, es difícil de trazar con los datos que hasta hoy se poseen. Por las obras de Miguel no cruza esta imagen santa de la madre, y así había de ser y así ha de esperarlo todo el que haya escrito algo y posea la delicadeza necesaria para comprender cómo el grande, el genial acierto de nuestros mejores literatos y poetas cabalmente es lo que suelen algunos reprocharles y censurarles como un demérito. Se dice ya vulgarmente que en la literatura española *hay pocas madres*. Enorgullezcámonos por ello; porque nuestros grandes poetas han sido, al propio tiempo, hombres de tan refinada condición, que todos han reconocido tácitamente cómo las madres nada tienen que ver con la literatura, la cual, por muy noble y elevada que sea, es siempre baja para mezclar y profanar con ella el más hondo y puro de todos

los sentimientos humanos. Prueba es no sólo de finura, sino de fortaleza, (y ¿qué finura sin fortaleza vale nada?) el silencio de Miguel, como el silencio de Lope, en circunstancia igual.

A Lope se le muere el padre, y él compone uno de sus mejores sonetos; se le muere la madre, y calla, él que nunca pudo callar ni sus más leves cuitas. Encontramos en el teatro de Lope algunos padres, algunos magníficos, venerables y grandiosos abuelos, como Tello de Meneses; madres, hay pocas y no corresponden al brío del autor, ni á la calidad de los demás personajes.

Murió la madre de Miguel. Miguel calló. Su silencio en tal ocasión es una de sus obras mejores y más castizas.

CAPÍTULO XXXVIII

EL "VERANILLO," DE MIGUEL.—SIGUEN LAS AGONÍAS
DE LA CORTE.—GRANADA.

Muerta Doña Leonor de Cortinas, Miguel, así que pudo, regresó á Madrid. ¿Qué le atraía á la corte? No podemos suponer que se sintiese ya Cervantes absolutamente desgarrado de su casa y de los afectos familiares, como tantos otros hombres de camino y de callejuela que por entonces cruzaban la nación. Endurecido y acorobanado debía de tener el cuero en sus cuarenta y siete años de marchas sin descansar, pero el corazón de seguro que aún estaba tierno y sensible, á pesar de los golpes sufridos. Costábale trabajo creer que su persona ya no interesara á nadie.

Hay que fijarse mucho en esto, que es tan triste y tan fecundo para la elevación de las almas. Transcurridos los cuarenta años (algunas veces, al pasar los treinta), hasta el que más descuidado, valeroso é inaprensivo sea, necesita y requiere que alguien le haga caso, le estime y le abrigue ó siquiera le resguarde contra la frialdad letal del mundo. La fortaleza de Cervantes y su genial temple, que tundidos por la experiencia le habían hecho formar un concepto claro y sintético de la vida y con él ir trampeando, no bastaban á eximirle de esa ley general. Miguel no tenía á sus cuarenta y siete años, como el Justo á los treinta y tres, ni un pedrusco en donde reposar la cabeza.

Mientras él andaba de pueblo en pueblo y de venta en mesón, aporreado y aperreado, en ministerios y comisiones que no le agradaban ni á nadie agradar podían, su buena y fiel Doña Catalina de Salazar llevaba en el caserón de Esquivias la vida remolo-